

Cedice

Keynes y El Monetarismo

¿Dos Exageraciones?

Fernando Salas Falcón

Monografía CEDICE N° 2

Colección Monografías CEDICE

1. Nuestra Herencia Moral- Friedrich A. von Hayek
2. Keynes y el Monetarismo ¿Dos Exageraciones? – Fernando Salas Falcón
3. Capitalismo y Crisis Económica – Sven Rydenfelt
4. Libertad Económica – Carlos A. Ball M.
5. Tiempo de Conocer La Libertad – Carlos Rangel
6. La Trampa de la Congestión – Pascal Salín
7. La economía Informal – Hernando de Soto
8. La Economía Venezolana y la Cultura de Izquierda – Emeterio Gómez
9. Marginalidad: ¿Causa o Efecto? Jesús E. Rodríguez
10. Los Fundamentos Económicos del Neoliberalismo – Fernando Salas Falcón
11. Controles Sobre La Prensa en México – Luis Pazos
12. Política Sin Romanticismos – James Buchanan
13. Regulaciones Versus Libertad – Carlos A. Ball M.
14. Subdesarrollo y Mercantilismo – Mario Vargas Llosa
15. La inflación, Conceptos Generales – Joaquín Sánchez covisa
16. Una Experiencia – Adán Celis
17. La Libertad – Eddo Polesel
18. Los Sistemas Económicos contemporáneos – Fernando Salas Falcón.

Cedice

PRESENTACION

Para el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico es muy satisfactorio presentar esta edición provisional de un excelente trabajo de uno de sus miembros fundadores e integrante de su Consejo Directivo. Fernando Salas Falcón, graduado en administración de empresas en la Universidad Católica Andrés Bello y ejecutivo de una prestigiosa institución bancaria, se ha especializado en el estudio de las ideas económicas del pasado y del presente. Y, por sobre todo, ha emprendido la tarea de divulgación de temas de teoría y política económicas con lenguaje y razonamientos sencillos, de manera que su comprensión esté al alcance de todos y, en especial, de los menos conocedores de la economía formal. Tal objetivo coincide plenamente con los de CEDICE y su exposición ante el seminario de Orientación Económica y Doctrina Empresarial promovido por la Cámara de Industriales del Zulia, en Maracaibo, constituye muestra importante de una de las muchas cosas que pueden hacerse para alcanzar esos objetivos.

Oscar Schnell

Presidente del Consejo Directivo de CEDICE

CONTENIDO

Pag.

I.	Introducción	3.
II.	¿Por qué Keynes? (El mundo de Keynes)	6.
III.	La teoría económica de Keynes	
	1. La cuestión del ciclo económico	
	2. Los determinantes de la renta	
IV	La política económica Keynesiana	
V	La crítica al keynesianismo	
VI	Los seguidores de Keynes	
	(El mundo después de Keynes)	
VII	Exageraciones, historia y desilusión	
VIII	La esencia del monetarismo	
IX	Otra vez el peligro de las exageraciones	
X	Conclusión: ¿Cuánto y con cuáles resultados se ha exagerado en cada caso?	
XI	Notas	

I. Introducción.

No es un azar que el sistema de ideas keynesiano y el conjunto del pensamiento monetarista puedan ser tratados simultáneamente en una exposición. El monetarismo, como corriente del pensamiento económico, forma parte, en definitiva, de la tradición neoclásica o marginalista. En el marginalismo o neoclasicismo económico (que, dicho sea de paso, constituye el sustento de teoría económica del neoliberalismo) se aprecian, en principio, dos grandes vertientes bien diferenciadas. Una, la de los marginalistas no monetaristas, que analizan, a nivel de sujetos o empresas individuales, variables como los sacrificios reales, la renta, el consumo, el ahorro y la inversión. Otra la de los neoclásicos monetaristas, que adelantan su análisis realizando la agregación de esas categorías para la economía en su conjunto (y hablan de demanda total, retan total, ahorro e inversión totales, etc.) y enfatizan el papel de los factores monetarios en contraposición al rol de los factores reales. Y la teoría económica de John Maynard Keynes resulta, precisamente y en última instancia, un formidable esfuerzo (iniciado antes por el neoclásico monetarista sueco Knut Wicksell) de síntesis de la economía marginalista monetarista y no monetarista.

Es decir que, si se quiere hilar fino, resulta que el keynesianismo viene a ser una tercera corriente del pensamiento neoclásico, puesto que el subconjunto resultante de la combinación de otros dos subconjuntos pertenecientes a un mismo conjunto, debe pertenecer, a su vez, a ese mismo conjunto. Por supuesto que Keynes negó hasta su muerte esa, para él, tan molesta afinidad. Y que, más aun, criticó acerbamente ciertos aspectos de la economía neoclásica y terminó llamándola clásica, para claramente sentadas sus diferencias con ella.

Pero lo cierto es que Keynes (alumno en Cambridge de Alfred Marshall, figura cumbre del marginalismo) utilizó muchos de los postulados y métodos del neoclasicismo y basó su sistema en un enfoque subjetivo y psicológico muy propio del marginalismo, impregnándolo de conceptos marginalistas. Por vía de ejemplo, basta recordar que se cuidó muy bien de disentir de las teorías neoclásicas del valor y de la distribución, que coincidentalmente fueron los instrumentos teóricos para que la ciencia económica echase al cesto de los desperdicios la teoría del valor-trabajo clásica y marxista y, en consecuencia, las teorías de la plusvalía y de la explotación de Marx (y sustento de todas sus fantasías en torno al inminente derrumbe del capitalismo).

De manera que, en definitiva, keynesianismo y monetarismo resultan astillas de un mismo palo. Ovejas de un mismo rebaño. Aunque es evidente que la keynesiana ha sido una oveja acusadamente negra, mientras que el monetarismo ha permanecido mucho más cerca del rebaño neoclásico.

Quizás por eso precisamente (y esta es otra razón por la cual resulta natural tocar los temas en conjunto) los pensadores monetaristas han sido, en los últimos lustros, los más ácidos críticos de Keynes y sus seguidores. Y, por su parte, los neokeynesianos constituyen la vanguardia del ataque al monetarismo.

Existe, finalmente, otra circunstancia común al keynesianismo y al monetarismo. En ambos casos, tanto la teoría económica, como las recomendaciones de política económica, han sido víctimas de malinterpretaciones y exageraciones. En uno y otro caso, economistas, políticos, empresarios y pueblos han desvirtuado en alguna medida y por diferentes vías la doctrina keynesiana y el pensamiento monetarista. Y, lo que es más grave, al traducir en acciones de política económica sus versiones deformadas de uno u otro pensamiento, han acumulado sobre economías y sociedades serios daños adicionales a los derivados de las propias teorías. En mi opinión, esta circunstancia ha sido mucho más notoria por cuanto respecta al keynesianismo: las deformaciones y las exageraciones se han dado por mucho más tiempo y en mayor número de sociedades, por lo cual la acumulación de errores de política económica y de sus consecuencias negativas ha sido también de mayor magnitud y ha incidido no sólo en contra de economías nacionales, sino también en perjuicio de la economía mundial en su conjunto. Pero es necesario reconocer que, aun cuando en mucho menor grado, en relación al monetarismo se ha transitado también por caminos equivocados. La breve reseña de ambas corrientes de pensamiento económico que a partir de aquí se inicia pretende conducir, precisamente, a la evaluación de las desviaciones más o menos exageradas que, en cuanto a keynesianismo y monetarismo, se han dado, así como del por qué de tales deformaciones. Y, por supuesto, pretenden ponderar, en cada caso, la validez de sus postulados de teoría económica pura.

II. ¿Por qué Keynes? (El mundo de keynes)

A John Maynard Keynes, nacido en 1883, le tocó vivir una de las etapas más difíciles de la historia del mundo contemporáneo. Fue testigo de las

dos guerras mundiales de este siglo y, en adición, transitó por los años de crisis de la entreguerras en la plenitud de su madurez cronológica e intelectual.

En efecto, tras la Primera Guerra Mundial la madura economía de Occidente daba visibles muestras de deterioro. La tasa demográfica descendía y la mayor parte del mundo estaba ya colonizada, por lo que no se daban aumentos importantes de la demanda derivados del incremento de la población y de la expansión geográfica. Tampoco aparecían nuevos inventos (como la máquina de vapor, el ferrocarril, la electricidad o el automóvil), que indujesen nuevas grandes inversiones. Mientras se elevaban la renta y el ahorro, la producción parecía sobrepasar cada vez más al consumo. La estructura productiva del Occidente industrializado se veía sacudida, en síntesis, por la infrautilización de su capacidad de producción, y, por encima de todo, el desempleo había alcanzado niveles nunca antes conocidos y persistentes, lo que originaba olas de tremendo descontento social.

Como no se vislumbraba indicios de que la situación estuviera o pudiera corregirse por sí sola, crecía el temor de que las predicciones marxistas en torno al derrumbe del capitalismo –tantas veces descartadas por el auge conocido hasta entonces– pudiesen, a fin de cuentas, no estar tan erradas.

Para un pensador como Keynes, el mal resultaba demasiado evidente y voluminoso para ser pasado por alto. En adición, la teoría económica neoclásica parecía, en ese momento, incapaz de ofrecer soluciones. En ese entonces, la teoría económica neoclásica predominante y más difundida era la no monetarista (Jevons, Menger, von Wieser, von Bohm-Bawerk, John Bates Clark, Marshall), cuyo enfoque, como se ha señalado antes, es microeconómico, no agregativo. Suponía la total vigencia de la Ley de Say ("la oferta crea su propia demanda"). Es decir, que el pleno empleo es el nivel en el que normalmente se desempeña la economía y que cualquier desviación será de menor importancia y, en todo caso, corregida por mecanismos autogenerados por el sistema económico. Como en el periodo de entreguerras tal teoría no se correspondía con la realidad, no faltaron algunos intentos neoclásicos de explicación. Así, observaron ciertas rigideces en el sistema económico que obstruían el deseado autoajuste hacia el nivel de pleno empleo. Por un lado, la rigidez de los salarios, por influencia de los sindicatos, que impedía el descenso de las tasas salariales necesario

para estimular la demanda de los empleadores. Por el otro, el alejamiento de las normas de la libre competencia por un número cada vez mayor de grandes empresas, que habían llegado a una posición desde la cual podían controlar los precios y resistían a una presión a la baja de los precios derivada de la disminución de la demanda (al no bajar los precios, no se vigorizaba, a su vez, la demanda). Pero, pese a tales intentos, persistía la impresión de que los neoclásicos no tenían un diagnóstico teórico sólido para la economía de esos días: la economía del desempleo. Y si los economistas no estaban claros en cómo manejar el desempleo masivo, mucho menos lo estaban los estadistas y los políticos en general.

Llenar ese vacío de teoría económica y de recomendaciones bien sustentadas de política económica fue, precisamente, el trabajo que intentó Keynes. Es cierto que, antes de la formulación de la "Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero", ya en Inglaterra y Estados Unidos se estaban haciendo experimentos con programas de obras públicas como mecanismos creadores de empleo. Y que, en el campo de la teoría, muchos economistas sugerían presupuestos fiscales deficitarios (y facilidades de crédito), argumentando sobre el efecto multiplicador que tendría el gasto público con déficit sobre el gasto total y sobre la renta y sobre la circunstancia de que, al aumentar la renta, el consumo crece en menor proporción que la renta total, mientras que el ahorro aumenta con mayor rapidez (todos postulados de la teoría económica keynesiana). Hasta se reconoció a los salarios su carácter de fuente de demanda (y no sólo de costo de producción). Pero no es menos cierto que fue Keynes quien aportó el fundamento analítico completo. Su visión macroeconómica (en términos agregados) proporcionó la base teórica integral hasta entonces inexistente para que un programa de acción gubernamental que promoviese el pleno empleo pudiese ser defendido más o menos convincentemente dentro de un marco de economía capitalista.

III. La teoría económica de Keynes.

1. La cuestión del ciclo económico.

La atención de Keynes se centró en la determinación de los niveles de la renta nacional y de empleo en las economías industrializadas, así como en las causas de las fluctuaciones económicas. En otras palabras, para él, el problema analítico a resolver fue el de los determinantes de la renta nacional y sus vinculaciones con el equilibrio de la economía.

En cuanto a lo segundo, debe recordarse que la crisis de la entreguerra constituía una fase de un ciclo económico. A lo largo de la historia económica conocida de la humanidad se han identificado plenamente periodos más o menos cíclicos (o recurrentes) de alzas y bajas de la actividad económica. Estos llamados ciclos económicos presentan, en términos generales, cuatro fases: una fase ascendente, llamada de prosperidad o expansión; una fase de crisis, de paso de la prosperidad a la depresión; una fase descendente, denominada de depresión o contracción; y, una fase de paso de la depresión a la prosperidad, que recibe el nombre de recuperación. Por lo demás, se han distinguido varias clases de ciclos, de acuerdo a su duración: el de Kondratieff, de unos cincuenta años; el de Juglar, o corto, que dura de seis a diez años; el de Kitchin, de unos cuarenta meses; el de construcciones, que abarca unos veinte años; etc..

De cualquier manera, la situación de los años treinta lucía, como se ha señalado, como ejemplo de las fases de crisis y depresión de un ciclo. Y Keynes no encontraba, en la teoría económica conocida, explicaciones y sugerencias convincentes para salir del atolladero. Los clásicos, preocupados fundamentalmente por el crecimiento económico a muy largo plazo, no se ocuparon de la inestabilidad a corto plazo, amén de que el tema no era importante en sus épocas. Para Marx, con su perjuicio de la inevitable caída del capitalismo, las fluctuaciones eran el síntoma de una enfermedad incurable. Y los neoclásicos, por su parte, se interesaban poco en las fuerzas que gobiernan la economía en su conjunto, convencidos de que el pleno empleo era la condición de equilibrio a largo plazo.

De allí que Keynes formulara su propia explicación del ciclo económico, señalando que éste no es más que una fluctuación rítmica en el nivel general del empleo, la renta y la producción en cuya esencia están las variaciones de la inversión derivadas de las fluctuaciones también cíclicas de la tasa de rendimiento esperado para futuras inversiones de capital (eficacia marginal del capital.).

El efecto multiplicador de la inversión (concepto que se verá más adelante) explicaría el carácter acumulativo de la expansión o de la contracción.

Actualmente se acepta que la explicación de Keynes sobre el ciclo es sólo eso, una explicación, y no una teoría del ciclo propiamente dicha. Tal explicación, no obstante, sirvió para que, partiendo de los supuestos keynesianos (generalmente con modificaciones) otros economistas

formularon teorías del ciclo más completas (Nicholas Kaldor, Paul Samuelson, John Hicks, Michel Kalechi, Alvin Hansen). Y lo que interesa destacar aquí es que este enfoque keynesiano relaciona la cuestión del ciclo con factores reales de la economía, en contraposición a las teorías monetaristas que consideran al ciclo económico como un fenómeno puramente monetario.

2. Los determinantes de la renta.

Lo relativo a la determinación de la renta nacional (y a los determinantes de ella) constituye el aporte fundamental de Keynes a la teoría económica. Para entrar en materia, Keynes comenzó por atacar la versión neoclásica de la Ley de Say, base de la confianza en las propiedades de autoajuste del sistema de mercado.

Tal versión puede resumirse en la proposición de que toda la renta será gastada. Es decir, que no existe la posibilidad de atesoramiento: como el gasto de consumo es el objetivo principal de la actividad económica, el consumo se limita por sí mismo, o sea, se ahorra parte de la renta a cambio de una recompensa representada por el tipo de interés, que constituye un mecanismo de equilibrio entre el ahorro y la inversión. Así, la renta que no se gasta en bienes de consumo se destina a gasto de inversión y la función básica del dinero es la de medio de cambio, instrumento para poder demandar bienes y servicios, por ser estéril y carente de valor intrínseco. Keynes argumentó que sí existía otra razón para guardar dinero: el motivo especulativo, que podía ser muy poderoso cuando el tipo de interés fuera ya bajo (y el sacrificio de renta que implicara el atesoramiento no fuera grande) y se esperase que subiera en el futuro (exponiendo a los propietarios de activos a pérdidas considerables de capital).

El dinero ya no podía ser interpretado sólo como medio de cambio: tenía una trascendental función como depósito de valor, por lo que no podía descartarse el atesoramiento ni considerársele irracional. En consecuencia, la Ley de Say perdía vigencia y se quebraba la confianza en las propiedades auto correctoras de la economía.

Su concepto del dinero llevó a Keynes a una interpretación, distinta a la neoclásica, del tipo de interés. El interés, afirmó, es la recompensa por no atesorar, en lugar de la recompensa por no gastar. Explica William J. Barber: "Esta interpretación de la determinación del tipo de interés echaba completamente a pique la opinión neoclásica ortodoxa de que los tipos de interés se establecían por la interacción de la oferta y

la demanda de fondos prestables. La doctrina keynesiana afirmaba que el tipo de interés era, esencialmente, un fenómeno monetario, y además sin relación con los factores reales de frugalidad y productividad del capital con lo que los neoclásicos lo habían relacionado. Esta posición implicaba además que no podía ya invocarse el tipo de interés como el delicado mecanismo para equilibrar los deseos de ahorrar con los deseos de invertir.

Estas funciones no jugaban parte alguna en la determinación del tipo de interés mismo. El ahorro y la inversión podían responder a cambios en el tipo de interés, pero no eran sus determinantes" (1).

Sentadas estas premisas, Keynes abordó la cuestión del equilibrio económico a nivel de pleno empleo, formulando su análisis de los determinantes de la renta. Supuso una elevada correlación entre la renta nacional y los niveles de empleo (a mayor renta, más empleo, y viceversa). Desde ya debe señalarse que tal afirmación si acaso es necesariamente cierta a corto plazo, cuando es posible ignorar el cambio tecnológico. Pero el corto plazo fue, precisamente, lo que interesó siempre a Keynes, puesto que "a largo plazo todos muertos". De cualquier manera, Keynes presentó su análisis (que puede verse resumido en el gráfico de la página XX). Los gastos de consumo e inversión constituyen los determinantes inmediatos de la renta (y, por ende, del empleo). Toda unidad monetaria gastada en bienes y servicios finales, de consumo o de inversión, se convierte en renta. Los impuestos merman los gastos del sector privado y, en consecuencia, constituye un factor que tiende a frenar la renta. Pero, en cambio, el gasto público es elemento alimentador del gasto de consumo e inversión público y contribuye al crecimiento de la renta y el empleo.

Ahora bien, consumo e inversión (públicos o privados) están a su vez determinados por otros factores que son los determinantes últimos de la renta, puesto que, al determinar al consumo y a la inversión, son los que, en última instancia, determinan la renta y el empleo. En cuanto al nivel de consumo, está determinando por el nivel de la renta. Y el aparente círculo vicioso de que el consumo determina a la renta y la renta determina al consumo lo resolvió Keynes con sus conceptos de "función de consumo" y de "propensión a consumir". La idea de función de consumo significa que para cada nivel de renta el gasto de consumo es una proporción (porcentaje) dada de la renta. Es decir, que en cualquier nivel de renta los sujetos tienden a destinar al consumo una

proporción fija de renta. Pero, además, esta proporción desciende cuando la renta se eleva (p. e., si para una renta de 100 se destina un 75% al consumo, cuando la renta pase a ser mayor a 100 se destinará al consumo menos de un 75% de esa nueva renta). La proporción (el porcentaje) destinado al consumo mide la llamada propensión al consumo y es una serie completa de valores diferentes correspondiente a los diferentes niveles de renta. O sea, es una función que Keynes supuso independiente y estable a corto plazo. Así, Keynes concluyó que el nivel de consumo varía con la renta, pero la renta varía con la propensión a consumir y con su propensión complementaria, la "propensión a ahorrar" (lo que no se consume se ahorra y viceversa).

Por su parte, siempre según el sistema keynesiano, el gasto de inversión está determinado por el tipo de interés y la "eficacia marginal del capital" o tasa de rendimiento esperada sobre el coste de las nuevas inversiones. El tipo de interés depende de la preferencia por la liquidez (en la que hay que tomar en cuenta las posibilidades de atesoramiento por razones especulativas) y de la cantidad de dinero (u oferta de dinero: dinero legal en circulación más los depósitos en cuentas corrientes). Y la eficacia marginal del capital depende del precio de oferta de los activos de capital y, sobre todo, de las expectativas empresariales de beneficios futuros.

Nótese que en la exposición de este esquema se llega a la existencia, como determinantes de la renta y el empleo, de tres influencias psicológicas fundamentales: la propensión al consumo, el deseo de activos líquidos (preferencia por la liquidez) y la tasa de beneficio esperado de las nuevas inversiones. Keynes creyó que la propensión al consumo es el elemento más estable y poco propiciador de fluctuaciones, y que la tasa de beneficio esperado es el menos estable y una de las causas básicas de fluctuaciones. Agrego yo, dicho sea de paso, que aquí y ahora (en la Venezuela de hoy) la tasa de beneficio esperada está altamente influenciada, a su vez, por el nivel de confianza (o de desconfianza) empresarial-

Y nótese por otra parte, que las variaciones en los gastos de inversión originan variaciones de la renta que, a su vez, inducen cambios en el consumo y, por ende, lo hacen también la renta, el consumo y el ahorro, igualándose éste a la inversión a un nivel más bajo de renta (por

DETERMINANTES DE LA RENTA Y EL EMPLEO EN EL SISTEMA KEYNESIANO

OJO: REVISAR MUY BIEN ESTE CUADRO (VER ORIGINAL)

Determinantes Inmediatos

Gastos de consumo

(Públicos y Privados)

Empleo

Renta Nacional

Gastos de Inversión

(Públicos y Privados)

Determinantes últimos

Nivel de la Renta Proporción al consumo (*)

Tipo de Interés

Preferencia por la
liquidez(*)

(Atesoramiento)

Cantidad de dinero

Expectativas de

Beneficios Futuros (*)

Eficacia marginal

De capital Precios
oferta de los activos de capital

(*) Influencias psicológicas
fundamentales.

cuanto Keynes consideró que ahorro e inversión son iguales, aún cuando no siempre estén en equilibrio). Si la inversión aumenta, lo hacen también la renta, el consumo y el ahorro. Keynes estimó que la situación de equilibrio de estas variables con pleno empleo es sólo un caso especial, siendo el caso más general y característico el de equilibrio con desempleo.

Para concluir con el capítulo de la teoría económica keynesiana y entrar en el de política económica recomienda por él, sólo falta considerar un elemento que, en relación al gasto, utilizó a estas alturas de su discurso. En efecto, tomó de R.F. Kahn (su compañero en Cambridge) la teoría del multiplicador, incorporándola a su teoría general. La teoría del multiplicador afirma, en pocas palabras, que cada unidad gastada en consumo o, especialmente, en inversión, tiene un efecto multiplicado en el incremento de la renta y, por consiguiente, en el consumo y el ahorro. Si suponemos una propensión al consumo del 75%, para un periodo suficientemente largo, esa unidad adicional de gasto generará cuatro de renta, tres de consumo y una de ahorro. Este efecto multiplicador resulta de la repetición del ciclo que se ha esbozado en el párrafo inmediatamente anterior a este: sube la inversión, crece la renta, aumenta el consumo, sube de nuevo la renta, vuelve a incrementarse el consumo y así sucesivamente, hasta que la tasa de propensión al consumo, que se supone invariable a corto plazo, agote el proceso.

IV. La política económica keynesiana

Con el arsenal de su sistema teórico a punto, Keynes pasó a formular sus recomendaciones de política económica, destinadas a remediar el problema del desempleo por la vía de subir la renta hasta llegar a un equilibrio de la economía en un nivel lo más cercano posible al pleno empleo (y por supuesto, a prevenir o aminorar en general las fases de crisis y depresión del ciclo económico, y a acelerar la etapa de recuperación).

Lo esencial de la tesis keynesiana puede resumirse en pocas palabras: el estado debe atribuirse un amplio y activo papel para estabilizar la economía en el nivel del pleno empleo o, por lo menos, en un nivel próximo al pleno empleo. ¿Por qué, cuándo y cómo? . Veamos.

El incremento del empleo derivará del aumento de la renta. La renta, por su parte, crecerá en la medida que lo hagan el consumo y la

inversión. Ahora bien, en la fase depresiva del ciclo es improbable que el sistema económico genere por sí mismo los cambios requeridos.

En cuanto a los gastos de consumo, están determinados, en definitiva, por la propensión al consumo, variable independiente que, como estableció el propio Keynes, es constante a corto plazo. Al no variar esa proporción, no aumentará el consumo y no habrá incrementos en el nivel de la renta que induzcan nuevos aumentos en el volumen del consumo que se trasladen a la renta y al empleo.

Y, por el lado del gasto de inversión, la cuestión le parecía igualmente desalentadora. La inversión depende, en primer lugar, del nivel de las tasas de interés, en una relación inversa: si bajan los tipos de interés, sube la inversión y viceversa. Pero el tipo de interés depende fundamentalmente del factor psicológico de la preferencia por la liquidez (tendencia al atesoramiento) y, lo que es más importante, en una relación que en este caso es directa: en la medida en que más prefiere la gente conservar activos muy líquidos, las tasas tenderán a subir (y al contrario). Como en una fase depresiva el tipo de interés es de por sí bajo, si se intenta bajarlo aun más, para estimular la inversión, menos querrán los poseedores de dinero desprenderse de sus activos líquidos y, por tanto, no habrá en definitiva el flujo necesario del ahorro hacia la inversión, la renta y el empleo. Keynes, no obstante, propuso la acción del estado, a través de los bancos centrales, para disminuir artificial y compulsivamente la tasa de interés, recomendando un complicado esquema de coacciones sobre los ahorristas para obligarlos a invertir aceptando tipos de interés muy bajos. Pero, al final, él mismo terminó reconociendo la poca probabilidad de éxito de su esquema. Por otra parte, no confiaba en la posibilidad de influir sobre el tipo de interés a través de una política estrictamente monetaria.

En adición, la inversión depende también de la eficacia marginal del capital y, en última instancia, de las expectativas empresariales de beneficios futuros (el tercero de los importantes factores psicológicos involucrados en el sistema keynesiano). Obviamente, en la fase de recesión de una fluctuación económica, caracterizada por desempleo, contracción de la demanda, tendencia a la baja de los precios, rigidez de los salarios, etc., la tasa de rendimiento esperada sobre los capitales a invertir (o las expectativas de beneficio) es baja y, por tanto, es baja la propensión a invertir y no fluyen los recursos hacia la inversión.

De esta manera, Keynes creyó que en momentos de depresión económica los motores de la renta y el empleo -los gastos de consumo e inversión- no podían empujar, con energía autogenerada, el crecimiento de la renta y del empleo. Se requería que al sistema se le inyectara desde fuera un combustible adicional indispensable para el proceso de recuperación. Y el suministrador de ese combustible debía ser el estado, obligado a incrementar la corriente de la renta por medio del gasto público financiado por déficit presupuestario (es decir, por el endeudamiento del sector público o por el simple aumento de la emisión de moneda). Además, el estado puede también estimular la economía mediante la redistribución de la renta, buscando incrementar la propensión al consumo (subsidios, seguros de paro, etc.). El efecto multiplicador del gasto se encargaría de acelerar el proceso así inducido.

El principio, Keynes pensó que el aumento de la inversión era más importante que la expansión del consumo, puesto que el efecto multiplicador se daba más rápida e intensamente por esa vía. Pero después cambió de opinión y sostuvo que era necesario y deseable tomar medidas para incrementar el consumo, sobre todo el de los grupos de rentas inferiores. Todo el esquema descansaba, por lo demás, en el supuesto de que el gasto público deficitario produjese un aumento del gasto total de consumo e inversión (la demanda agregada), puesto que si el sector público consumía e invertía recursos que, por su parte, el sector privado dejaba de invertir o consumir, en realidad no estaría pasando nada.

En síntesis, las recetas de política económica keynesiana –sustentadas por su teoría económica- traducían su creencia de que un sistema de mercado no intervenido es crónicamente inestable e incapaz de asegurar la plena utilización de los recursos productivos. Era necesaria la activa intervención del estado en la economía, mientras que la frugalidad constituye un vicio en lugar de una virtud social. Keynes rebatió expresamente la posición marxista de que el capitalismo está inexorablemente sentenciado a muerte, pero consideró que tal peligro existe si no se le hace al sistema las reformas necesarias. El mercado es un sistema capaz de resultados productivos muy notables en condiciones favorables, pero en tiempos de dificultades es incompatible con el mantenimiento del pleno empleo y la estabilidad económica. Y al estado está reservada la misión de regular la coyuntura económica

para que se realicen plenamente las potencialidades del sistema de economía de mercado. Los remedios de la política fiscal son más efectivos que los de la política monetaria.

V. La crítica del keynesianismo.

No sin razón, la teoría económica y las orientaciones de política económica keynesianas han sido objetos de amplias críticas, desde el momento mismo de su formulación y hasta el presente. Por vía de ejemplo, un ya clásico tratado de Henry Hazlitt, llamado “Los errores de la nueva ciencia económica. Un análisis de las falacias keynesianas”, critica a la “Teoría General” de Keynes, capítulo tras capítulo y afirmación tras afirmación, para concluir en que no ha sido capaz de encontrar “una sola doctrina importante que sea a la vez cierta y original: lo que es original en el libro no es cierto, y lo que es cierto no es original”, llegando a afirmar incluso que “mucho de lo que en la “Teoría General” hay de falso no es original, sino que puede ser hallado entre los trabajos de escritores anteriores” (2).

Posiciones extremas aparte, al keynesianismo pueden hacerse realmente críticas acertadas y muy severas. En primer lugar, se pone en duda que su sistema pueda ser considerado como una teoría general. A pesar de los esfuerzos hechos por el propio Keynes y por sus seguidores para que su teoría luzca menos parcial y más general, lo cierto es que cada día parece evidenciarse más que el análisis keynesiano corresponde en realidad a un caso especial (el de la economía del desempleo), puesto que las circunstancias del pleno empleo restablecen los postulados del análisis neoclásico y eliminan un rasgo fundamental del sistema de Keynes: el relativo al atesoramiento con fines especulativos (preferencia por la liquidez). Además, no se puede considerar a la doctrina keynesiana completa en virtud de su olvido de la cuestión microeconómica. Criticó a los neoclásicos por su atención preferente a la microeconomía y rebatió sus pocos conceptos macroeconómicos. Pero no proporcionó un sistema sustitutivo que integrase en un todo coherente los aspectos macro y micro de la economía. También él se ocupó de una sola cara de la moneda.

En cuanto a la parcialidad de la teoría keynesiana está, finalmente, la cuestión del alcance: fue deliberadamente restringido a un plazo muy corto (de seis a nueve meses). La despreocupación de Keynes por el problema a largo plazo –y su interés único en la coyuntura– le llevaron,

por ejemplo, a ignorar los efectos a largo plazo de los gastos de inversión sobre las existencias de activos productivos de la economía.

Resulta también muy discutible, en segundo lugar, el razonamiento keynesiano que constituye otra de las piedras angulares de su sistema: la alta correlación entre renta y empleo. En efecto, el considerar al empleo función de la renta puede ser cierto a corto plazo, pero no es necesariamente verdad a plazos medianos y largos. La clave está en el elemento tecnológico, olvidado por Keynes. Grandes inversiones de capital en activos productivos que ahorren factor trabajo pueden generar aumentos de la renta, muchísimo más elevados que los incrementos de empleo e, incluso, inversiones en activos de alta y sofisticada tecnología pueden derivar, a pesar del incremento de la renta, en decrecimiento del empleo. Otra vez aparece la cuestión del corto plazo versus el largo plazo, que lleva a pensar que puede ser estéril todo el esfuerzo por subir la renta a través del gasto de inversión, dado que no hay seguridad en la correlación elevada que supuso Keynes.

El pensamiento estático, a corto plazo, del keynesianismo, también lleva a exagerar la tendencia hacia el estancamiento secular, puesto que supone una función de consumo (propensión al consumo) estable, lo que no es cierto para el largo plazo. Si fuera verdad que cuanto mayor es la renta, menor es el porcentaje de ella dedicado al consumo, el aumento que, con el tiempo, ocurra en la renta, agravaría a largo plazos los problemas. Pero la verdad es que la evidencia empírica histórica demuestra que cuando la renta per cápita se ha elevado, el porcentaje destinado al consumo no ha bajado, sino que se ha mantenido.

Está, además, la controversia en cuanto al análisis del tipo de interés, otra de las piezas claves del aporte teórico keynesiano. Porque, en realidad, el peso del interés en la determinación del nivel de inversión es mucho menor de lo que Keynes estimó. Excepto para proyectos a muy largo plazo, el interés representa sólo una parte relativamente pequeña de los costos totales. Las tasas de interés tienen, sin duda, alguna significación, pero mucho más importante ha resultado ser la disponibilidad oportuna del crédito que su coste. En relación a esto, el planteamiento estático conduce igualmente a un excesivo pesimismo en cuanto a la disminución de las posibilidades de inversión y de las tasas de beneficio.

Y, por supuesto, el punto central de la crítica al keynesianismo es el relacionado con la política fiscal deficitaria y dispendiosa que se recomienda. Se reprocha a la escuela, con justicia, sus exhortaciones al despilfarro en el gasto público a través del déficit presupuestario y sin importar que se gaste en proyectos inútiles (porque esto último es preferible a no hacer nada). Así como su recomendación favorable al gasto superfluo de los particulares, promoviendo el dispendio y atacando las costumbres de esfuerzo, austeridad y ahorro. Válida es también la observación de que si la expansión del gasto público deficitario ocurre simultáneamente con políticas expresas o tácitas de desánimo a la inversión privada (lo que sucede a menudo en el mundo keynesiano), los efectos del gasto público como impulsor de la renta y el empleo se debilitan o se anulan.

En adición y por sobre todo, está la cuestión del ingrediente inflacionario inherente por definición a la aplicación de las políticas keynesianas. Siempre pensando en el corto plazo, Keynes desdeñó la realidad de una inflación continuada derivada de la inyección al sistema económico de una masa de dinero creada por arte de magia y sin la debida compensación en el ámbito no monetario. O, en otras palabras, la realidad de una demanda estimulada más y creciendo mucho más rápidamente que la oferta, gracias a las políticas de redistribución de la renta. Después de los 6-9 meses que abarca la teoría, esta realidad comienza a gravitar con un peso que, al correr el tiempo, se hace cada vez más insoportable. Keynes creía, además, que los trabajadores se oponen tenazmente a la baja de sus salarios nominales, pero no se oponen a reducción de los salarios reales derivada de la elevación de los precios. El tiempo de ha encargado de mostrar el grado de validez de esta creencia, si se quiere, ingenua.

Otra crítica valedera se refiere a la creencia keynesiana de que esa teoría económica, concebida para una depresión cíclica del mundo industrializado, podía aplicarse con éxito en los países del mundo no desarrollado. No vale para esas economías la afirmación de que el consumo es inadecuado porque existe exceso de ahorro que no se canaliza hacia la inversión. Lo cierto es que quizá no haya suficiente consumo, pero tampoco hay ahorro y, por el contrario, la escasez de ahorro constituye un factor limitativo del crecimiento de la inversión y la renta. Tampoco es válida la embestida contra la abstinencia y la frugalidad, puesto que minimiza la posibilidad de un ahorro, como se ha

dicho, muy necesario. Y, en definitiva, cuando del tercer mundo se trata, no tiene mucha lógica armar con un garrote a un ciego enfurecido creyendo que éste lo utilizará con la mayor ponderación. Más o menos eso es lo que se ha hecho al suministrar a los estados –o a los hombres que los manejan – el arsenal teórico seudojustificador de la intervención estatal en asuntos tan serios como los de la economía.

Finalmente, la crítica más concluyente y demoledora contra el keynesianismo la ha formulado la propia historia de un mundo, que a partir de la Segunda Guerra Mundial, ha sido un mundo keynesiano. Véase, a continuación, cómo la aplicación de las recetas de Keynes y sus seguidores ha afectado durante cuarenta años el discurrir de la economía de las naciones industrializadas o subdesarrolladas.

VI. Los seguidores de Keynes (El mundo después de Keynes).

Porque en efecto, a pesar de todas las críticas que se le hicieron y se le hacen a la teoría y a la política económica keynesianas, después del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la muerte de Keynes (en 1946), se esparcieron por el mundo como reguero de pólvora. Ya a finales de la década de los cuarenta, la teoría keynesiana era de obligatoria y fundamental enseñanza en cualquier escuela de economía del mundo occidental. Casi todos los economistas se volvieron keynesianos o neokeynesianos. Los mejores, como Simon Kuznets, John Hicks, Gunnar Myrdal, Paul Samuelson (todos ellos ganadores del Premio Nobel de Economía), Roy Harrod, Evsey Domar o Alvin Hansen, o no han sido estrictamente keynesianos (limitándose a apoyarse en algunas de sus ideas para investigaciones de naturaleza distinta) o le han enmendado en mucho la plana a Keynes, mejorando, si ello es posible, el cuerpo de su teoría económica. Los otros, sin embargo, han sido los más y han difundido ampliamente, con interpretaciones muchas veces distorsionadas, las deficientes recomendaciones de política económica keynesiana.

En los pasados cuarenta años, además, la religión keynesiana ganó millones de adeptos en el ámbito de los no economistas, quizás porque ofrece alegremente algo para todo el mundo. La clase trabajadora se muestra totalmente solidaria con el “welfare state” y sus objetivos de redistribución de la renta por la vía de las transferencias unilaterales. Buena parte del mundo empresarial la ha acogido también con beneplácito, ante las perspectivas de ventajas derivadas de los contratos con los gobiernos, de los mercados protegidos, del crédito

barato, de las exoneraciones arancelarias y de las regulaciones y controles gubernamentales, que posibilitan una ganancia aceptable a los ineficientes y extraordinaria a los eficientes (no sin justicia ha señalado George Stigler, otro Premio Nobel de Economía, que el alto nivel de intervención estatal en economía y en otros ámbitos a que han llegado muchos países del mundo occidental, no puede haberse dado sin una cierta complicidad de algunos sectores empresariales).

Y, por encima de todo, las élites políticas que manejan a los estados a través del control de los gobiernos, encontraron un excelente sustento teórico para incrementar la ingerencia del estado en la economía y en la vida toda de los ciudadanos (sustento que, por lo demás, modificaron y exageraron a su conveniencia). En América Latina, particularmente, las tendencias intervencionistas no son de reciente data: existen desde el momento mismo de la conquista y colonización, como resabio del furioso mercantilismo español, que fue entre todos el último en morir. En Venezuela, más particularmente, la excusa de la Segunda Guerra Mundial y la creciente participación del Estado en la renta petrolera (concretada con la reforma petrolera de 1943) fueron puntales decisivos en la consolidación del intervencionismo, que alcanzó vigencia seudolegítima con la doctrina keynesiana y el adelanto, a partir de los años cincuenta, de las políticas de desarrollo cepalistas, que permitieron a los gobiernos idear la tesis de que la concesión de privilegios otorga el derecho a intervenir, regular y controlar.

De cualquier manera, la gran mayoría de los políticos y de los partidos del mundo occidental se hicieron keynesianos. Unos, como los socialdemócratas, expresamente. Y los demás, como los demócratacristianos, sin confesarlo expresamente. Hasta los socialismos más acentuados y el marxismo-leninismo aplaudieron la realización de las políticas keynesianas, olvidando las diferencias doctrinarias y pensando que no está de más echar leña al fuego. Tales coincidencias entre gente de pensamientos tan disímiles, dicho sea de paso, no pueden menos que suscitar suspicacias. Porque una identidad tan general en cuanto a lo benéfico de una doctrina y una práctica determinadas, que avalan al intervencionismo y a la estatización de la economía y de otros elementos de la vida de la sociedad civil, parece apuntar hacia el simple interés de que el estado sea, por definición y sin ninguna justificación defendible, cada vez más todopoderoso. Después de todo, tampoco tendría mayor atractivo el manejar un ente con

poco o ningún peso específico. No basta tener al estado: debe tenerse un estado que valga la pena.

Los pueblos, por su parte, también se rindieron al encanto keynesiano. Con una actitud no sólo de "suicida indiferencia" (como la ha llamado el dirigente empresarial venezolano Raúl López Pérez), sino con regocijo. No importa el agigantamiento de un estado métome-en-todo si, a cambio, solo se oyen los cantos de sirena del menor esfuerzo, del estado providencia, del consumir habiendo o no posibilidades de hacerlo, del salario regulado sin que importen las diferencias de habilidades, etc. Los promotores de la sociedad abierta y del mercado libre exigen, por el contrario, esfuerzo, preparación, frugalidad, ahorro, sacrificios y productividad.

VII. Exageraciones, historia y desilusión

Pero, como se indicó antes, el transcurrir del proceso histórico de las últimas décadas ha significado el más demoledor golpe contra las tesis keynesianas de viejo y de nuevo cuño. Ciertamente, la adopción de un enfoque keynesiano por los gobiernos de Occidente y después de la Segunda Guerra Mundial hasta comienzos de la década de los setenta, no fue el factor menos importante entre los que contribuyeron a la recuperación y a la relativa estabilidad de sus economías en esos veinticinco años. No obstante, el recurso keynesiano inflacionista menospreciado en función de la brevedad originalmente atribuida al esquema perdió de golpe y porrazo su atractivo cuando la repetición por lustros de la política keynesianas reventó –estimulada por elementos coyunturales- en un violento proceso inflacionario que, en adición, vino acompañado por una tremenda depresión del sistema económico (dando lugar a un complejo fenómeno económico que se conoce con el nombre de "estanflación", o estancamiento con inflación).

Entonces, el ingrediente inflacionario del keynesianismo (siempre ignorado a pesar de que desde siempre fue cada vez más criticado) comenzó a ser ponderado en toda su magnitud: a corto plazo, quizás pueda aceptarse una moderada y controlable inflación, pero una inflación persistente a largo plazo (que aunque sea previsible no puede ser controlable) se torna muy peligrosa. De manera que, ahora, los sindicatos la toman en cuenta a la hora de presentar sus demandas salariales. Y la protesta general contra la inflación se ha convertido en protesta contra los elevados presupuestos del estado, los altos impuestos y la redistribución de la renta por medio de la política fiscal. En adición,

las políticas anti-inflacionistas tienen hoy el respaldo de los miles de millones de ciudadanos comunes cuyo bienestar se ve constantemente disminuido por la elevación de los precios. El olvido del problema del corto plazo versus el largo plazo ha costado caro a las economías y a los pueblos de Occidente.

Y si en los países industrializados la bomba explotó con la intensidad que necesariamente tenía que explotar, peores han sido las consecuencias de la aplicación del recetario keynesiano en las naciones no desarrolladas. Ya se ha dicho que el modelo no fue diseñado para estas economías y que, por el contrario, la adopción de muchas de sus recomendaciones puede resultar contraproducente. Lamentablemente, los países del Tercer Mundo se dejaron envolver por la ola keynesiana. Y, más que eso, añadieron ingredientes vernáculos a la doctrina. Así, en Venezuela, por ejemplo, los conductores de las políticas económicas llevaron hasta sus últimas consecuencias las propuestas keynesianas de intervención estatal en la economía. Y el débil sustento ideológico real proporcionado por el keynesianismo fue reforzado con las doctrinas en torno a la seguridad social y el estado benefactor de otro noble inglés, Lord Beveridge, con las propuestas mercantilistas-guipuzcoanas de la CEPAL, y, más recientemente, con las tesis estructuralistas y los desarrollos, de origen marxista-leninista, de la llamada teoría de la periferia (o del centro-periferia). El resultado es este arroz con mango, por tratar de definir la situación de alguna manera, en el que estamos hoy inmersos. Resultado que sofisticadamente denominan, por lo demás, “economía mixta” o “capitalismo de estado”, para encubrir una situación de altísima y creciente intervención del estado en todos los ámbitos de la economía (y no sólo en los que recomendó Keynes) y, lo que es más importante, en otros numerosos campos de la vida privada de los ciudadanos.

Por supuesto, bajo el manto complaciente de la teoría keynesiana y sus añadidos criollos, en Venezuela, como en muchos otros países, no existió nunca más –ni se intentó– control alguno sobre el gasto público. Tal gasto (y en especial, el corriente) simplemente creció aceleradamente, a la buena de Dios y para beneplácito de los partidarios del postulado keynesiano del despilfarro. En la medida en que los recursos presupuestarios provenientes de la fuente petrolera y del endeudamiento público externo lo permitían, el dispendio fiscal aumentó alegremente, hasta que se convirtió en elemento de difícil modificación dentro de la estructura de la economía. Cuando los dones del maná petrolero nos

fueron negados y se cerró el chorro de los préstamos externos, llegó el colapso. Y ahora no tenemos recursos para mantener simultáneamente el nivel de gasto interno del Estado y el pago de capital e interés de la deuda pública (externa e interna, que suman más 150 mil millones de bolívares). Esa deuda que se acumuló para que el sector público pudiera gastar y “redistribuir” más.

El estado venezolano, gastando y “redistribuyendo”, estimuló el consumo y la demanda. Pero aun hay más. La síntesis keynesiana se despreocupa, por lo menos en forma activa, de la oferta (la demanda se ocupa de “halar” a la oferta). Es decir, pregona una economía del consumo y la demanda, sin la oferta o, cuando menos, neutra en cuanto a acciones directas de estímulo a la producción y a la oferta. Pero lo que no propone es hacer economía contra la oferta (como creo que no lo ha propuesto nunca ninguna escuela seria de pensamiento económico). En cambio, los diseñadores de las políticas económicas del Estado venezolano sí la emprendieron militantemente, desde siempre, contra la inversión, la producción y la oferta. Este enfoque fue otro de los novedosos aportes al keynesianismo, que “mejoraron” para adaptarlo a Venezuela.

Porque, ciertamente, la acción interventora, reguladora y controladora, discrecional, arbitraria, al mayoreo y al menudeo, de ese “estado omnipotente”, ha constituido uno de los más gigantescos esfuerzos de represión contra la oferta de que se tenga noticias. En Venezuela, los inversores, los productores de bienes y servicios, los agentes fundamentales del crecimiento económico y del progreso social, los que crean la oferta necesaria para que una demanda desbocada por las políticas keynesianas oficiales no lleve, por el constante ensanchamiento de la brecha entre una y otra, a carestía, alzas de precio e inflación, no sólo han perdido la confianza sino que se han espantado por la asfixiante gestión interventora del Estado. Quizá sea por eso que aquí los enormes intentos de incrementar la renta y el empleo por la vía keynesiana del gasto público hayan dado resultados más desproporcionadamente pobres que en ninguna otra parte.

En síntesis, es evidente en Venezuela y en la mayoría de los países desarrollados o no, la desilusión por los resultados de la teoría y la práctica de la economía keynesiana. Los males afines a esa doctrina se han revelado en su impresionante peligrosidad, tal como siempre

advirtieron sus críticos, ante el irresponsable desdeño de sus apologistas y “mejoradores”.

Porque debe observarse, para concluir con el tema del keynesianismo, que ciertamente existe un pecado original, en el sentido de que la teoría económica de Keynes y sus recomendaciones de política económica presentan graves deficiencias. Ese pecado, per se, mete en problemas a cualquier economía que sea manejada con tal enfoque. Pero, además, el mal resulta infinitamente más grave si, como se ha hecho, se sobrepasan los límites de lo que estrictamente señala la doctrina. Lo más funesto ha sido, en resumen, el exagerar el menosprecio por las consideraciones sobre el corto y el largo plazo. El exagerar el papel interventor del estado. El exagerar la fe en la correlación renta-empleo. El exagerar el desprecio por la austeridad y el ahorro. El exagerar la irresponsable exhortación al gasto público desenfrenado. El exagerar los alcances de las propuestas de intervención en la economía, para utilizarlas como sustento de ingerencias en otros ámbitos. Y así por el estilo. El mal del keynesianismo ha sido, tanto como eso, el mal de la perversión y exageración del keynesianismo.

VIII. La esencia del monetarismo

En cuanto al monetarismo, es cierto que, como se señaló al comienzo, puede considerarse que una de las vertientes del neoclasicismo (o marginalismo) es monetarista. Sin embargo, con más propiedad debe decirse que no existe una escuela específica de la economía monetaria como tal. Simplemente, algunas escuelas económicas (entre ellas la rama marginalista citada) han insistido más que otras en los fenómenos monetarios, mientras que unas escuelas prescindieron totalmente de esos fenómenos (como los clásicos, los marxistas y los primeros marginalistas), otras escuelas combinaron algún ingrediente de análisis monetario con su estudio de los procesos económicos fundamentales.

Pero lo cierto es que, en la teoría económica, el dinero estaba destinado a ganar importancia con los años en razón del desarrollo de la banca y el crédito y de las fluctuaciones del ciclo económico, así como en virtud de la creciente trascendencia de la política monetaria de los bancos centrales y de los gobiernos.

Los hoy llamados monetaristas centraron su atención preferentemente en el dinero. Y como es fácil que en algún momento se trate de compensar en exceso pasados errores y que, en un movimiento pendular, se vaya

demasiado lejos en la dirección opuesta, ha ocurrido también alguna exageración en cuanto al papel del dinero dentro del sistema económico.

Exageraciones aparte, la contribución de los neoclásicos monetaristas a la teoría económica ha sido doble. Exploraron un área que hasta entonces había sido menospreciada (pero que adquiría creciente importancia y requería por ende, mayor atención) y ayudaron a integrar el análisis monetario en la teoría económica general. Los representantes más destacados de la tendencia son, entre otros, Knut Wicksell (1851-1926), Irving Fisher (1867-1947), Ralph Hawtrey (1879-¿) y, por supuesto, Milton Friedman (con su llamada Escuela de Chicago), considerado el monetarista más destacado de los últimos decenios y ganador del Premio Nobe de Economía.

El objetivo monetarista es el de sintetizar en un sistema integrado la teoría monetaria, la teoría de los ciclos económicos, las finanzas públicas y la teoría de los precios.

Así, son tajantes en considerar que el ciclo económico es un fenómeno fundamentalmente monetario y niegan rotundamente que la política fiscal sea tan importante como la monetaria para evitar las depresiones, puesto que son básicamente fenómenos monetarios y sólo secundariamente consecuencia de desequilibrios en factores reales ocasionados por cambios en una economía dinámica. En especial, opinan que las fluctuaciones de los precios son la causa y no el efecto de los ciclos económicos (otra contraposición al enfoque keynes).

En tal sentido, los monetaristas han retomado y replanteado la teoría cuantitativa del dinero con su ecuación de cambio ($MV + M'V' = PT$). Es decir: Masa del dinero en circulación por su correspondiente velocidad de circulación, más el volumen de depósitos bancarios a la vista por la velocidad de circulación de ellos, es igual al nivel de precios por el número de unidades vendidas), según la cual, en definitiva, el volumen de dinero en circulación determina el nivel de precios. De allí que se disponga de un instrumento para estabilizar el nivel de precios y, por consiguiente, la economía (o sea, para evitar las fluctuaciones). Tal instrumento es el control del volumen del dinero en circulación. Puesto que la reducción de la oferta monetaria causa el declive de la economía y, al contrario, su aumento origina la recuperación, debe utilizarse este mecanismo de control (dicho sea de paso y en palabras de Milton Friedman, "la inflación es siempre y en todas partes un fenómeno

monetario, producido en primera instancia por un crecimiento exageradamente rápido de la cantidad de dinero").

Ahora bien, dentro de este marco conceptual, los monetaristas han debido reconocer el papel protagónico del estado (puesto que los bancos centrales son generalmente estatales) en cuanto a la consecución de la estabilidad de los precios y de la economía (aunque por razones y vías distintas a las keynesianas). En concreto, dado que la única manera eficaz de detener la inflación es restringir la tasa de crecimiento de la cantidad de dinero, los bancos centrales no deben permitir que la oferta monetaria aumente a una tasa anual mayor al de un intervalo que esté entre el 3% y el 5%.

Para controlar la liquidez, los bancos centrales deben valerse de la manipulación de las tasas de redescuento, de las operaciones de mercado abierto y de las regulaciones del nivel de reservas de los bancos comerciales, todo lo cual influye en las tasas de interés y en los niveles de crédito.

Por lo demás, los monetaristas reivindican la tesis clásica y neoclásica de que la economía tiende normalmente a alcanzar el equilibrio con pleno empleo (es decir, la Ley de Say). Friedman, especialmente, ha sido enfático en negar que la economía de libre mercado y empresa privada esté sujeta a tendencias graves a la inestabilidad.

IX. Otra vez el peligro de las exageraciones.

Las críticas que se le hacen al monetarismo se refieren, en primer lugar, al menosprecio por las causas de las fluctuaciones diferentes a las monetarias. Reconocen que esas causas pueden existir, pero las consideran de poca importancia y, en todo caso, controlables por mecanismos monetarios. Aun quienes acepten que la política monetaria puede ser un arma poderosa en un esquema de estabilización, reprochan esta deficiencia a los monetaristas.

Además, una crítica importante, que deriva de la evidencia histórica (como la de la Venezuela de años recientes) es la de que la reducción de la oferta monetaria puede traducirse en una recesión económica que escape a todo control y que, en adición, resulte de difícil superación a corto y aún mediano plazo.

Y obviamente, se ataca el monetarismo por su vuelta al esquema neoclásico en torno a la tendencia de la economía a la estabilidad con

nivel de pleno empleo y por su defensa del mercado y de la libre empresa como los mejores instrumentos conocidos para la óptima asignación de los recursos de la sociedad.

Finalmente, con respecto al monetarismo también puede hablarse de exageraciones. En cuanto a teoría y políticas económicas, ya luce un poco exagerada la posición extrema de que el nudo del problema económico se reduce únicamente y exclusivamente al elemento monetario. O, por lo menos, el extremismo en que, si no todos, por lo menos muchos de los monetaristas y sus seguidores han caído.

Existe, por otra parte, un ámbito distinto de exageraciones en cuanto al monetarismo. En efecto –al igual que ha ocurrido con las tesis keynesianas- la receta monetarista a veces se ha querido aplicar en lugares y situaciones diferentes a los que ha servido de marco a ese diseño teórico. No se olvide que el monetarismo ha sido desarrollado esencialmente en y para las naciones industrializadas y cualquier trasplante debe ser muy cuidadosamente analizado y la teoría original adaptada, se ello es posible, o simplemente desechada, si no lo es.

X. Conclusión: ¿Cuánto y con cuales resultados se ha exagerado en cada caso?

A manera de resumen y conclusión de esta panorámica de las corrientes keynesiana y monetarista, debe reiterarse que – al igual que ha ocurrido en el pasado y seguramente ocurrirá en el futuro con muchos sistemas de ideas- ninguna de las dos puede atribuirse el total dominio de la verdad y de ninguna de las dos puede afirmarse que el conjunto de sus planteamientos es totalmente falso. También, que las dos, aparte de sus deficiencias originales, han sido víctimas de deformaciones y exageraciones que las han pervertido.

No obstante, es asimismo razonable el sostener que la magnitud de los errores y de las perversiones no ha sido la misma para los dos casos y, lo que es más importante, que los resultados de la aplicación de las correspondientes recetas (deformadas o no) tampoco pueden ser equiparados en cuanto a magnitud. No son comparables en términos de igualdad los resultados de cierto monetarismo aplicado en Chile hace poco tiempo o del trágico espasmo monetarista que conocimos en Venezuela durante el quinquenio gubernamental pasado, con la terrible secuela que ha dejado el keynesianismo en todo el mundo. Algún

caso a su favor-como el de la final recuperación de la economía norteamericana- puede exhibir al menos el monetarismo de estos tiempos. Búsquese, en cambio, algún caso contemporáneo similar por lo que respecta al keynesianismo. Claro que, justo es decirlo, tampoco el monetarismo ha sufrido tantas y tan trasnochadas enmiendas, adiciones, malinterpretaciones y exageraciones como el keynesianismo.

De cualquier forma, lamentablemente, en países como Venezuela parece estar aún lejano el día que pase Keynes (o las versiones criollas de Keynes) de moda. Con la mejor de las intenciones del mundo (o quizás con otras) continúan haciéndonos transitar por la vía keynesiana. Pero aun así debe recordarse que, como lo señalara un juez federal norteamericano citado por Friedman en uno de sus libros, la sociedad no tiene problemas en poner coto a quienes abiertamente se declaran sus enemigos y conspiran contra ella. El problema está, en cambio, en poder detectar el mal que pueden hacer quienes de buena fe creen estar trabajando a favor de la sociedad. Y en detenerlos a tiempo.

Keynes quiso mejorar el sistema, introduciendo cambios que detuviesen el colapso de la economía de mercado y el derrumbe del capitalismo. Sus seguidores se empeñan en llevarnos hacia el totalitarismo socialista por una vía quizás menos llena de sobresaltos, pero que conduce al mismo sitio. Porque la pérdida de la libertad económica (aún cuando se produzca lenta y progresivamente e independientemente del fin que se persigue) lleva a la pérdida de la libertad política y del resto de las libertades del hombre, al autoritarismo, a la estatización de toda la vida de gente común, a la dictadura no del proletariado, sino de una élite partidista todopoderosa, omnisapiente y muy minoritaria. Torcer el rumbo es el reto fundamental que deben afrontar los hombres libres de hoy que quieren continuar siéndolo mañana.

XI. Notas

- (1) Barber, Willian J.: Historia del pensamiento económico. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1980 Pp. 224
- (2) Aguliar, S.A. de Ediciones. Madrid.